Domingo XXIX del Tiempo Ordinario (22-10-23)
Homilía de Monseñor Carlos Castillo
(Transcripción)

Queridos hermanos y hermanas:

Es una alegría volver a celebrar en el camino del Señor, en esta Iglesia en donde el Señor nos acoge a todos. Hoy día, el Evangelio de Mateo (22,15-21) nos pone un problema que, en realidad, lo ponen los fariseos, que son un grupo de sacerdotes que interpretaban la ley a su medida. Y también están unos partidarios de Herodes, que es otro grupo que, también, había estado al servicio de ese rey en el pasado y que, luego, se haría también amigo de Herodes Antipas, el hijo de Herodes.

En cualquiera de los casos, la pregunta que hacen es muy diferente a una pregunta que nosotros hemos escuchado. Hay varias preguntas que la gente le hace a Jesús. Ellos le preguntan: *"Maestro. ¿Debemos pagar el impuesto al César o no?"*. Es una pregunta menuda, es una pregunta que estaba en el ambiente entre los judíos de ese tiempo, porque ellos habían sido invadidos por los romanos y, entonces, el emperador había puesto impuestos que eran extraños a la vida interna del pueblo (que estaba intervenido). De tal manera que los romanos eran como extranjeros, y había algunos, los publicanos, que hacían pagar ese impuesto.

Qué diferente de la pregunta del joven rico. Es una pregunta profunda la del joven rico, ¿se acuerdan?: *"¿Señor, qué puedo hacer para heredar vida eterna?"*, que es una pregunta de una persona sincera que, siendo muy rica, no descubre el sentido de la vida y le hace la pregunta al Señor con lo más profundo que hay en ese tiempo: heredar vida eterna.

Quizás, nosotros preguntaríamos: ¿Señor de los Milagros, ¿qué puedo hacer para ser feliz? ¿Qué puedo hacer para que mi vida tenga sentido, para salir de los enredos en que me encuentro? Es la pregunta sincera del pecador que se abre a Dios.

Aquí, estos que son los jefes religiosos de Israel, pero están perdidos en "pagar o no pagar". Y la pregunta: *"¿es lícito pagar impuesto al César o no?*" tiene varias posibilidades. La primera es que si, Jesús dice: "no paguen, porque ustedes han sido invadidos, entonces, tienen derechos", Jesús figura como un subversivo del imperio romano, alguien que está soliviantando a la gente. Y si dice: "paguen", es un cómplice del imperio romano. Por lo tanto, es una pregunta con trampa.

Y, a veces, nosotros, cuando estamos distraídos de las cosas principales de la vida, le ponemos trampas a Dios: "¿Señor, por qué no me llueven unos 'mangos'?" A veces pensamos así, porque estamos urgidos, necesitamos plata y creemos que el milagro es eso, y nos distraemos.

Una cosa es: "Padre, ayúdame, que estoy en una situación de dificultad. Ayúdame a ver la manera de ayudarme" y, entonces, ahí suceden diversos tipos de cosas, desde que consigamos trabajo hasta que agarremos una iniciativa, una fuerza, inventemos algo. Normalmente, el Señor siempre concede las cosas a través del Espíritu Santo, le pedimos cosas porque necesitamos realmente, pero Él traduce eso en una serie de elementos inspiradores que de sorpresa nos llegan y son los que Él manda, no lo que nosotros calculamos.

Aquellos jefes de Israel están limitando al Señor porque quieren tender una trampa a Jesús, quieren someterlo a sus propios intereses, sacándolo del medio. Y, entonces, no ven más lejos, no ven con hondura la vida, porque, para ellos, la vida es un

juego de pagar o no pagar, de armar las cosas o no armarlas. Eso que nosotros le llamamos una especie de leguleyadas, y eso es muy trágico para nosotros si vivimos así. Y lo estamos viendo en todo nuestro país, en donde las personas se pelean por minucias y no solamente lo es en la base de la sociedad, en donde tiene más disculpas en el sentido de que, a veces, no tenemos la formación, educación, la paciencia o vivimos en desesperación más directa.

La causa terrible es cuando eso ocurre en la dirección del país, entre los sacerdotes, en los obispos, en las autoridades civiles, de vario tipo, en donde todos están pensando “paga o no paga”, o pensando “cómo hacemos para hacer triquiñuelas y sacarle ventaja a las cosas…y a la gente”. Cuando esto ocurre, entonces, el país se empieza a hundir, la sociedad también y la Iglesia también.

Cuando no vemos profundo, estamos ciegos y colocamos mal la pregunta. Pero, ¿qué hace el Señor? Los llama a ver: “¿De quién es esa moneda? A ver, ¿qué tiene ahí? ¿Qué efigie es esta?”. Y ellos le responden: “la del César”. Entonces, Jesús dice: “Bueno, devuelvanle al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios”. Es decir, Jesús les pone las cosas en otros términos, no en si se paga o no se paga, sino: *“cuál es el centro de tu vida, Dios o el César, Dios o el dinero; cuál es el centro y el problema principal de tu vida?”.*

Jesús, por lo tanto, está afrontando a los dirigentes. Y eso va para todos los que tenemos un cargo, una responsabilidad, desde padres de familia hasta jefas de las comunidades religiosas, jefes de la Hermandad, el obispo, el arzobispo, el cardenal, todas las autoridades civiles y de cualquier institución. Tenemos que hacernos las preguntas profundas porque, de lo

contrario, estamos entrampados en mezquindades e intereses propios y afectamos el bien de todos que es el bien de Dios.

Nosotros, cuando adoramos al Señor de los Milagros es porque siempre piensa en todos. Por eso decíamos, el miércoles pasado en la procesión, que lo miramos y Él nos mira, y tiene en cuenta nuestro ser y responde con algún signo que nos estremece porque vamos sinceramente como pecadores ante Él. La vida cristiana es la vida del reconocimiento de ser pecador para que el Señor con su amor nos vaya haciendo suyos, hijos y hermanos, y nuestro pecado se vaya superando. Y no terminamos de ser pecadores, algún día seremos completamente santos cuando Él nos haga santos en el Reino de Dios. Y, mientras tanto, hay que aprender poco a poco a ser santo, pero junto con el reconocimiento de que siempre somos pecadores en conversión.

¿Y qué pasa? Que esas personas, sacerdotes fariseos y herodianos, ya creen que la elección de ser santo ya se aprendió, entonces, ahora pueden dedicarse a sus intereses y hacerle trampas a Jesús. No hay trampa peor que la de la mezquindad, que la de las preguntas mal planteadas. Y es necesario que todos nosotros nos preguntemos hondamente: ¿qué sentido tienen nuestras vidas? ¿a dónde están yendo? ¿El centro de nuestra vida es el dinero o el centro de nuestra vida es Dios?

Y aquí, entonces, si nos planteamos así las cosas es muy interesante. Si tenemos dinero, por ejemplo, pero el centro de nuestra vida es Dios, compartimos el dinero que tenemos y hacemos cosas buenas en favor de los pobres y de todos. Pero si no hay Dios, no hay referente y, por eso, cuando uno tiene o no tiene dinero, tiene que saber a dónde va, y saber que es un hijo y, por lo tanto, está llamado a ser hermano de los demás,

reconocerse como hijo porque el Hijo mismo dio su vida por nosotros y centró su vida en su Padre. Y como su Padre ama a toda la humanidad, entregó su vida por toda la humanidad, para que todos aprendamos a ser seres humanos, hermanos, los unos de los otros.

Si entendemos esto, encontramos un sentido, y ese sentido va atando cabos y creando nuevas situaciones. Por eso, los milagros son parte de esas novedades que nos tiene reservadas el Señor, para aprender a caminar como humanos en este mundo.

Y, por eso, ser cristiano no es “irse a la estratósfera”, no es solo buscar salvar mi alma y al resto que lo parta un rayo. “Yo, con mi almita, me salvo solo, hago mis jaculatorias, vengo a mi procesión y los demás que se mueran”, así se piensa, a veces. ¡No! Eso es egoísmo, egoísmo espiritual. La salvación es la salvación de vivir en el amor, en esta vida, para tener parte del amor pleno en la otra vida. Y desde acá podemos anticipar el cielo en la tierra a través de relaciones nuevas.

Eso es un camino difícil, exigente, pero fundamental, porque nosotros no queremos solamente la felicidad más allá. El Señor nos creó y llamó a Abraham a caminar en medio de nosotros para que todos sean benditos: *“Sal de tu tierra y ve a la tierra que yo te mostraré. En ti se bendecirán todos los pueblos de la tierra”*, dice Dios. Y ser bendito significa vivir en la bendición, en el amor de Dios, en esta tierra, y aprender a ser hermanos, que es lo que más nos cuesta, pero es nuestra misión y la misión de la Iglesia.

Que Dios los bendiga, hermanos y hermanas, y sepamos bien que Dios es primero siempre, y que ese es el principio que nos permite reestructurar toda la sociedad en el mundo, el mundo en

guerra, en crisis, como en estos días está pasando en Gaza, donde los rehenes no han sido devueltos, donde las bombas han caído sobre un hospital de la iglesia ortodoxa y han matado gente sin medida. Y, ¿por qué ocurre esto? Porque el centro es la ambición y el poder, el centro no es Dios. Qué pena que eso sea, justamente, en la tierra donde murió y resucitó Jesús. Por algo el Señor habrá muerto y resucitado allí, para que todo principio de guerra se pueda desestructurar y podamos tener paz definitiva aquí en esta tierra.

Que Dios nos ayude en este camino a todos y a todas. Vamos, entonces, ahora a rezar al Señor el Credo de nuestra fe.